

## CAPÍTULO VIII.

**No hay que extrañar nada.**

Demos de nuevo el tono, antes de continuar nuestra melodía.

Cuando tenía media docena de años menos, Luísa fué sorprendida al empezar un día una conversación con su hermano en estos términos: «Tomás, me causa mucha extrañeza....» Y á propósito de esto, Mr. Gradgrind, que era quien había sorprendido este principio de conversación, se dejó ver, y dijo:—«Luísa, no hay que extrañar nada.» Esta frase contenía el resorte del arte mecánico y misterioso de cultivar la razón, sin rebajarse hasta el punto de tomarse interés por sentimientos ó afecciones. Por medio de la adición, de la sustracción, de la multiplicación y de la división, puede arreglarse todo de un modo cualquiera, y no hay que extrañar nada.

—Tráigame V. (dijo Mac Choakumchild) á esa niña que apenas puede andar, y yo le garantizo que no ha de admirarse nunca.

Además de un inmenso número de niños

que apenas podía andar, había en Cokeville toda una población de niños que desde veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años y más, iban andando hacia el mundo infinito. Siendo aquellos niños monstruos, seres que no podían formar parte de ninguna sociedad humana sin causar grande alarma, las diez y ocho sectas religiosas no dejaban de arañarse el rostro y arrancarse los cabellos, so pretexto de ponerse de acuerdo acerca del método más conveniente que se podía seguir para mejorarlos. Trabajo perdido. ¿No parecerá una cosa extraña si se piensa que los medios de que se valían se adaptaban prodigiosamente al fin propuesto? Sin embargo, aunque diferían de opinión acerca de los demás puntos concebibles é inconcebibles (en los inconcebibles sobre todo), se mostraban poco menos que conformes en prohibir á aquellos desgraciados niños que se admirasen de cosa alguna. La secta número uno les decía que habían de creer en todo bajo la fe de la palabra; la secta número dos, que debían juzgarlo todo según las fórmulas de la economía política; la secta número tres escribía para ellos numerosos folletos tan pesados como el plomo, demostrando cómo el niño, al hacerse hombre, llegaba indefectiblemente, con el auxilio de la prudencia, á la caja de ahorros, en tanto que el que se conducía mal llegaba también indefectiblemente á

un presidio; la secta número cuatro hacía lúgubres esfuerzos para ser divertida (al hablar de ella se os asoman las lágrimas á los ojos), y procuraba ocultar en una prosa amena lazos científicos, en donde aquellos grandes niños se dejaban coger. Había un solo punto en que todas las sectas estaban conformes, á saber: que ningún nacido debía admirarse de nada.

Cokeville poseía una biblioteca, cuyas puertas estaban abiertas para todos. Mr. Gradgrind se preocupaba mucho con los resultados que ofrecía esta biblioteca; y no era Mr. Gradgrind el solo preocupado, sino todos los que se ocupaban del bien público; pues era un hecho evidente, desconsolador y muy triste, el que los lectores de la biblioteca persistían en admirarse. Se admiraban á propósito de la naturaleza humana, á propósito de las pasiones humanas, de las esperanzas humanas, de los temores, de las luchas, de los triunfos, de los percances, de los cuidados, de los placeres, de las penas, de la vida y de la muerte de ciertos hombres y de ciertas mujeres vulgares. Algunas veces, después de quince horas de trabajo, se ponían á leer relatos fabulosos, concernientes á los hombres y las mujeres, que se les parecían más ó menos, y concernientes á niños, que se parecían más ó menos á los suyos. En vez de interrogar á Euclides, estrechaban contra su corazón á Danie

de Foe, y tenían el mal gusto de que les pareciera Goldsmith más entretenido que un tratado de aritmética. Mr. Gradgrind había estudiado constantemente este problema excéntrico, ya por escrito, ya de otra manera; pero nunca consiguió explicarse cómo se producía este resultado inconcebible.

—Estoy cansado de la vida que llevo, Luísa; la detesto cordialmente, y detesto á todo el mundo, excepto á ti,—dijo el desnaturalizado joven Tomás Gradgrind, hallándose con su hermana en el salón, parecido á una peluquería, y siendo la hora del crepúsculo.

—Pero no detestarás á Ceci.

—Detesto que me obliguen á llamarla por su apellido. Y por su parte, me detesta también,—dijo Tomás con tono de enfado.

—Nada de eso; yo te lo aseguro.

—No puede suceder otra cosa (dijo Tomás). Claro es que debe odiarnos y detestarnos á todos. Estoy persuadido de que no la dejarán hasta que acaben con su vida. Ya está tan pálida como una figura de cera, y tan fastidiada como yo.

Así se explica el joven Tomás delante del fuego, á horcajadas en una silla, el brazo en el espaldar y la cara apoyada en el brazo. Su hermana estaba sentada en el rincón más oscuro de la chimenea, mirando, ya á su interlocutor, ya á las brillantes chispas que se cruzaban en el hogar.

--En cuanto á mí (dijo Tomás, mesándose los cabellos con sus toscas manos), soy un jumento; eso es todo lo que sé. Soy tan obstinado como un asno, más bestia que un asno; no me divierto más que él; sólo deseo una cosa: dar coces como los asnos.

—Pero no á mí. ¿No es verdad, Tomás?

—Á ti no; yo no quiero hacerte daño alguno. He empezado por hacer una excepción en tu favor. No sé qué me haría sin ti en esta cárcel vieja, tan divertida como una epidemia.

Tomás se había detenido un momento para buscar palabras bastante expresivas con que designar el techo paterno, y la feliz comparación que se le acababa de ocurrir pareció dar un ligero alivio á su espíritu cansado.

—¿De veras piensas lo que dices, Tomás?

—¡Vaya si lo pienso! Pero estamos hablando inútilmente,—respondió Tomás frotándose el rostro con la manga, como para mortificar su carne y ponerla al nivel de su espíritu.

—Te he hecho esa pregunta (dijo su hermana, después de haber estado mirando algún tiempo las chispas brillantes), porque á medida que avanzo en edad y voy creciendo, permanezco con frecuencia aquí, sentada delante del fuego, admirándome de que no te reconcilies con nuestro género de vida, y sintiendo no poder reconciliarte. Yo no sé nada de lo que comúnmente

se enseña á las demás niñas. No puedo tocar una pieza de música, ni cantar una canción. No puedo hablar contigo de modo que te distraiga, porque nunca asisto á un espectáculo divertido, ni leo un libro ameno, cosas de que sería muy grato hablar y que te proporcionarían un rato de placer cuando estás tan aburrido.

—Á fe mía, que yo tampoco; en ese punto no estoy más adelantado que tú, y te llevo la ventaja de ser un mulo en toda la extensión de la palabra. Papá se decidió á hacerme un chisgaravís ó un mulo, y como no soy un chisgaravís, claro está que debo ser un mulo.... Así es que no merezco otro nombre,—dijo Tomás, con cierta rabia.

—¡Es lástima (dijo Luisa, después de una breve pausa y con aire pensativo, permaneciendo oculta en el rincón oscuro); es una lástima, Tomás; una desgracia para ti y para mí!

—Tú siquiera eres muchacha, Luisa; y una muchacha sale más fácilmente del apuro que un muchacho. No observo que te falte nada. Tú eres el único placer que yo conozco. Tú alegras el calabozo en que vivimos, y harás de mí cuanto quieras.

—Eres un hermano muy querido, Tomás; y si creyese que podía hacer tu vida más dulce, sentiría menos mi ignorancia. Y lo peor es, Tomás, que, si no me han enseñado á distraerte,

me han enseñado en cambio muchas cosas que no sirven para nada.

Luísa se levantó, dió un beso á su hermano, y volvió á sentarse en el rincón oscuro.

—Quisiera poder reunir todos los hechos de que se nos habla tanto (dijo Tomás, enseñando los dientes con cierto aire de rencor), y todas las cifras y todos los que las han inventado; y quisiera colocar debajo mil barriles de pólvora, á fin de que todos de una vez se fueran con doscientas legiones de demonios. Cuando vaya á casa de Mr. Bounderby tomaré completa venganza.

—¿Venganza, Tomás?

—Quiero decir, que me divertiré un poco en ver y oír algo. Yo me indemnizaré de esta educación que he recibido.

—No te hagas esa ilusión, Tomás. Mr. Bounderby tiene las mismas ideas que papá: sólo le aventaja en ser más tosco y menos condescendiente.

—¿Y eso qué me importa? (exclamó Tomás, riéndose); yo hallaré medio de amansar al viejo Bounderby.

Sus sombras se dibujaban en la pared, y las de los grandes armarios de la estancia se mezclaban reunidas en el suelo, como si el hermano y la hermana estuviesen cobijados en una caverna sombría; ó más bien una imaginación

fantástica (si semejante traición hubiera podido penetrar en aquel santuario de los hechos), hubiera visto quizás la sombra del asunto de la conversación que sostenían los niños, y del porvenir amenazador que este asunto presagiaba.

—¿Cuál es tu gran medio para amansar á Bounderby? ¿Es algún secreto?—preguntó Luísa.

—¡Oh! Si hay algún secreto, no está lejos de aquí, porque lo eres tú. Tú eres la niña mimada de Bounderby, su favorita; por ti hará imposibles si es necesario. Cuando me mande hacer algo que no me agrade, le contestaré: «Esto causará mucha pena y mucha sorpresa á mi hermana Luísa, porque siempre me decía que V. era más indulgente. Si este medio no basta para obligarle á humillar la bandera, nada habrá en el mundo que lo consiga.

Después de haber esperado algunas observaciones en respuesta á sus palabras, y viendo Tomás que no recibía ninguna, cayó desde todo lo alto de su fastidio hasta los tiempos presentes, y se acurrucó en la silla, mesándose más y más los cabellos. Al fin alzó la cabeza, y preguntó:

—¿Duermes, Luísa?

—No, Tomás; es que estoy mirando el fuego.

—Me parece que tú ves muchas cosas que yo nunca he visto (dijo Tomás). Supongo que esa es otra ventaja que tenéis las muchachas sobre nosotros.

—Tomás (preguntó su hermana con voz lenta y extraño acento, como si hubiera procurado leer en el fuego una pregunta que no estaba escrita con claridad): la idea de dejar esta casa para ir á la de Bounderby, ¿te causa mucha satisfacción?

—En yendo á su casa (respondió Tomás, levantándose y separando la silla), dejaré ésta, y ya es algo.

—Tienes razón; es algo.

—No es esto decir que yo no siento dejarte, y más quedándote aquí; pero ya sabes que de todos modos tendré que hacerlo, de grado ó por fuerza, y tanto importa que vaya adonde pueda aprovecharme de tu influencia, como á otra parte en que obre por cuenta mía: ¿comprendes?

—Sí, Tomás....

La respuesta se hizo esperar tanto tiempo, aunque no anunciaba ninguna decisión, que Tomás acababa de acercarse y apoyarse en el espaldar de la silla de Luísa, á fin de contemplar bajo el mismo punto de vista aquel fuego que absorbía el pensamiento de su hermana, por ver si había en él algo que explicase la distracción de Luísa.

—Á fe mía (dijo Tomás), que ese fuego me parece tan estúpido y tan vacío como todo lo que nos rodea. ¿Qué es lo que miras ahí? No será ningún circo.

—No veo nada de particular, Tomás; pero desde que lo estoy mirando me pregunto con extrañeza, qué suerte nos alcanzará á ti y á mi cuando seamos mayores.

—¿Todavía te extrañas?—preguntó Tomás.

—Tengo pensamientos tan rebeldes (replicó Luísa), que por más que hago, se empeñan en admirarse.

—Pues yo te ruego, Luísa (dijo la señora Gradgrind, que había abierto la puerta sin hacer el menor ruído), que no te admires de nada. En nombre del cielo. En nombre del cielo, hija desconsiderada, no te admires, ó no acabaremos nunca con tu padre. Y tú también, Tomás; es realmente vergonzoso, cuando mi pobre cabeza no me deja un momento de tranquilidad, ver á un joven educado como tú lo has sido, y cuya educación ha costado tanto dinero, animando á su hermana para que se extrañe, cuando sabe que su padre ha prohibido expresamente que se permita admirarse nunca.

Luísa negó que Tomás tuviese la menor parte en sus errores; pero su madre la interrumpió con esta réplica concluyente:

—Luísa, ¿cómo puedes decirme eso en el actual estado de mi salud? Á menos que él te haya incitado, es moral y físicamente imposible que te permitieras ese desmán.

—Nadie me ha animado, mamá, á no ser el

fuego y las chispas rojas que veía saltar, palidecer y extinguirse. Entonces me ocurrió pensar que tendré una vida muy corta, y me moriré sin haber hecho en el mundo nada de provecho.

—¡Simplezas! (dijo la señora Gradgrind, hablando casi con energía.) ¡Simplezas! No me digas esas tonterías, Luisa; bien sabes que si esto llegara á oídos de tu padre, ya nos había caído que hacer. ¡Después de tanto cuidado como se ha tenido con Vds.! ¡Después de tantos estudios y tantas experiencias! ¡Después de lo que yo misma te he oído en la época en que se me hinchó el costado derecho, cuando hablabas con tu maestro sobre la combustión y la calcinación, y la calorificación, y sobre todos los acabados en *on*, capaces de volver loca á una pobre enferma! ¡Y después de todo esto, vienes á hablarme de un modo tan absurdo, á propósito de chispas y de cenizas! Quisiera (continuó la señora Gradgrind, tomando una silla y lanzando su argumento más contundente, antes de sucumbir bajo estas sombras engañosas de hechos), quisiera, lo digo con verdad, no haber tenido nunca hijos. Entonces habría visto si podíais pasar sin mí.

## CAPÍTULO IX.

### Los progresos de Ceci.

Gracias á Mr. Mac Choakumchild y á la señora Gradgrind, Cecilia Jupe pasó muy malos ratos, y durante los primeros meses de su noviciado tuvo mil veces deseos irresistibles de abandonar aquella casa. Todo el día era víctima de una helada de hechos, y la vida en general se le presentaba con tal materialismo, que le parecía horrible.

Es muy triste confesarlo; pero el freno moral que la detuvo no fué resultado de ninguna fórmula aritmética: muy al contrario; Ceci se lo impuso voluntariamente, á despecho de todo cálculo, aunque estaba en contradicción directa con todas las tablas de probabilidades que hubiera podido formar el más experimentado tenedor de libros. La joven creía que su padre no la había abandonado; abrigaba la esperanza de verle volver, y vivía en la persuasión de que le sería muy grato saber que estaba recogida en la casa de Mr. Gradgrind.